

¡Oh, dichosa ilusión!

Hé aquí un simple hecho que va á probarnos toda la certidumbre de la ciencia de los aruspices.

Uno de los grandes sacerdotes de la Escuela de París, hizo recoger en dos paletas dos cantidades iguales de sangre. Esas dos sangres habían sido suministradas por dos enfermos diferentes, el uno atacado de una fluxión de pecho, y el otro de fiebre tifoidea. El profesor debía al día siguiente dar la clase á sus discípulos respecto á los cambios de la sangre en las enfermedades, y respecto á la manera de interpretarlos.

Al día siguiente, pues, en su clínica, M.....—debería nombrarle, pero prefiero callar su nombre—el profesor se apodera de una paleta, la presenta como conteniendo la manifestación de la fluxión de pecho, y se pone á improvisar el discurso mejor preparado y mejor aprendido.

Desde las primeras frases, el interno de la sala se entrega á los más indiscretos movimientos, y se agita, como un hombre sentado sobre carbones encendidos.

•Durante un momento todavía, el profesor habla, y el discípulo se agita.

El profesor interroga aún, y el discípulo le desliza al oído estas palabras:

«Tenéis la paleta de la fiebre tifoidea.»

«.....Cette Leçon vaut bien un fromage sans doute.»

«Le Docteur,» honteux et confus.»

«Jura, mais un peu tard, qu'on ne l'y prendrait plus.»

Más lo quiero, por un momento. Os concedo que haya sangre mala. ¿Qué haréis para sacarla? ¿Cómo podríais distinguir la mala de la buena, puesto que corriendo juntas por la misma abertura, ambas tienen el mismo color? ¿A que señal cerraréis la vena para impedir que salga la buena? Todos los medios posibles no podrían suministrarlos, sino indicios mentirosos. ¡Ya no estamos en el tiempo de los aruspices y pasó la moda de interrogar á la sangre de las víctimas palpitantes!

Comprended bien esto; extraeréis toda la sangre hasta la última gota, antes de haberla purificado.

Hay sangre mala. Sea, lo quiero, ¡y bien! ¿cómo váis á elegirla y á sacarla **sin** la buena? Os sería más fácil, con los ojos cerrados, elegir en una **cabeza** que empieza á encanecer, todos los cabellos blancos, dejando los negros. Os sería más fácil, después de haber mezclado en un barril, «Málaga» y vinagre, sacar á éste, dejando el vino **bueno**.

¡Hay sangre mala! y con el fin de separarla de la buena, sangráis, sangráis y volvéis á sangrar. ¿Qué habéis hecho pñes? ¿crééis haber purificado la sangre, crééis haber lavado el barril? ¡No y mil veces no! ¡Habéis hecho agua colorada!

SANGRIA YUGULADORA. — Esta es la mejor, la más decisiva y sobre todo la más expedita. Ella no se chancea jamás, y no se divierte con los toques ligeros de un florete. Como duelista más fogoso no resuelve la querrela á primera sangre. Pone directamente el cuchillo en la garganta, en una palabra, yugula á la enfermedad.

Aquí, es muy importante, no confundir los dos términos: enfermedad y enfermo; la menor falta de atención, puede tener las consecuencias más fatales.

Esta especie de sangría pertenece á Galeno. Este patriarca de la medicina sangraba hasta el desfallecimiento, se fundaba en que, semejante desperdicio de sangre hecho á la vez, producía en la máquina una revolución que arrastraba á la enfermedad. A este método le llamaba «cortar la garganta á la fiebre.» (Method, medendi, lib. 9. c. 4.) Dice haber sacado, en un día, á un enfermo, hasta 54 onzas de sangre.

Confiesa, sin embargo, que no tardó en apercibirse del abuso de

esas grandes sangrias y confiesa humildemente que ha visto perecer á muchos enfermos, yugulados por ese método. Así, recomendó en sus últimos años, ser más prudente para las emisiones sanguíneas.

Su primer precepto debió haber permanecido en el olvido, y todo aquel que le ha imitado en su pecado, debería imitarle en su penitencia.

Pero las generaciones médicas no están todavía lavadas del pecado original, y éste inmortal práctico no quedaria poco sorprendido si resucitara en el siglo XIX, al ver á su método todavía viviente, y del todo rejuvenecido.

El profesor Bouillaud, en efecto, ha ido á cojer en el viejo árbol de la ciencia del bien y del mal, esta manzana fatal, que dá la muerte. Se ha apoderado de la idea de Galeno, la ha arreglado lo mejor posible, y la ha renovado. Ella tiene todo el brillo de la idea antigua. Solamente que la ha rebautizado, y le ha dado un nombre nuevo. La ha llamado: «la sangría, coup sur coup.» Algunos médicos lo creen el padre legítimo de la hidra de Lerna, y con frecuencia he oído decir en las escuelas: «la sangría yuguladora de Bouillaud.»

Sin embargo, toda la sangre que corre en la tierra «no clama venganza» contra él, como contra el

muy famoso Broussais, su precursor.

Este declaró que, toda enfermedad provenía de una alteración de la sangre, tanto en la cantidad, como en la calidad. Esta idea hizo escuela, y desdichadamente esta escuela fué muy célebre, y su seno ha fecundado á millares de vampiros llegando á la clientela "como lobos, buscando á quien devorar."

Este hombre de genio, ha hecho mal, y sin embargo debemos inclinarnos con respeto sobre su tumba, porque si hubiera vivido algunos años más, habría hecho un bien inmenso á nuestra doctrina. ¿Recordáis sus palabras solemnes?.....

¡Plugiera al Cielo que en su arrepentimiento, fuese imitado por sus discípulos. Pero, ¡hay! permanecen en las tinieblas de la mala fé, aún ante los hechos más evidentes que les rodean.

Permítame, á este propósito, citaros un hecho, muy sencillo en la apariencia, pero que bajo el punto de vista moral, tiene una gran trascendencia.

Un día, fuí llamado para asistir á un extranjero, que acababa de llegar á nuestra ciudad, y había sido atacado durante su viaje de una fluxión de pecho.

Ya hacía cinco días que lo asistía; en la mañana del sexto, lo es-

tudié lo mejor posible, y dije á dos personas que me esperaban á la puerta para pedirme noticias de él que yo creía al enfermo fuera de peligro.

Ignoraba, que un amigo de este extranjero,—pero acérrimo enemigo de la Homeopatía,—venía muy á menudo á visitar al enfermo, y me hacía la más viva oposición.

Ahora bien, en la tarde de ese sexto día, el enfermo experimentó una de esas ligeras exacerbaciones, que se manifiestan muy frecuentemente en esas enfermedades. Sin embargo, en mi visita, encontré á los síntomas en buen estado, y mantuve mi pronóstico favorable.

Cual no sería mi sorpresa, cuando, horas después, llegó una persona, á advertirme que otro médico había sido llamado para asistir al enfermo, por nuestro homeóforo.

El médico llegó á las cinco de la tarde. Ese médico que ha sido educado en la escuela de Broussais, y no jura sino por su sombra, ese médico, que tal vez es el "sangrador" más grande de nuestra ciudad, "comprueba que el enfermo tiene una fluxión de pecho, y que no vá mal," y se retira diciendo:— "Advertid al médico que le cura, que esta noche vendré á sangrarle."

Luego, la fluxión de pecho, era

una realidad; luego, esta enfermedad, tratada por la Homeopatía pura, recorría su evolución de una manera feliz; luego el enfermo iba lo mejor posible, puesto que el médico no temió perder el tiempo, y quiso sangrarle seis horas después de su primera visita.

Pero, señor doctor Broussaisiano, ¿por qué habéis sangrado á ese enfermo? ¿Habéis consultado á vuestra conciencia, ántes de extraer la sangre de ese hombre? Un médico homeópata no tiene para que asistir á un tratamiento alopático; nada tiene que aprender, nada que ver en vuestras maniobras que ha desechado: no tiene más que comprometer, su dignidad y su amor propio. Pero vos, señor, si hubieráis tenido un glóbulo de buena fé, ¿sabéis lo que debieráis haber hecho? Haber dicho: Ese enfermo vá mejor, y está en la vía de la curación, está curado por la Homeopatía; continuad pues, el tratamiento. Volveré á ver al enfermo, como espectador de las obras de esta escuela nueva, y seré muy feliz, al poder comprobar por un hecho evidente, si es una mentira ó una verdad.

Hé aquí lo que deberíais haber hecho, señor, en vez de reír de una doctrina que, no conocéis, en vez de calumniarla en los salones, en donde forzosamente tenéis razón, «Porque habláis solo.» Hé aquí, lo

que no habéis hecho, porque vuestra buena fé está en dosis infinitamente muy pequeña.

Ese extranjero no murió. Me vino á ver durante su larga convalecencia, y después de haberme dado las gracias por mis cuidados,—"señor, me dijo, yo no estoy aún re- puesto."—Le volví á ver ocho meses después, y me dijo de nuevo:— «Señor, aún no estoy re- puesto.»

Si yo hubiera corrido traslado de esto al doctor Broussaisiano, ¿sabéis lo que hubiera respondido? ¿Qué hubiera pasado, si él no hubiese sido sangrado?

Y yo no vacilo en afirmar que, sin la sangría, se hubiera curado, y casi no habría tenido convalecencia.

Lo que prueba, por lo demás, con toda la fuerza de la evidencia, que no tenía necesidad de haber sido sangrado, es que no lo fué sino una sola vez. ¿Acaso, cuando un Broussaisiano, se pone á hacer sangrías, se detiene en la primera? Confesadlo, pues, no habéis sangrado á ese enfermo, sino por oposición sistemática.

Esto me recuerda un hecho, que pasó en una gran clínica, y que dá una idea de lo ridículo que es la obstinación, cuando se está poseído del espíritu de sistema.

El profesor, en su visita general,

ordena una sangría á cierto enfermo. Un discípulo, al momento de pasar el doctor, se permite hacerle notar las contra-indicaciones de esa sangría; pero el profesor persiste. Su autoridad, hace ley, el enfermo es sangrado, y en la noche muere. Al día siguiente, el discípulo esperaba al profesor:—Y bien, señor, el enfermo murió.—¿Qué hubiera pasado si no se le hubiese sangrado?

¿Qué queréis responder á esto? «La razón del más fuerte, siempre es la mejor.»

Más, apresurémonos á salir de esta digresión, y citemos las confesiones de algunas celebridades, que valen tanto como los más grandes «sangradores.»

«Hay médicos, y en bastante número, que aseguran que la sangría es una ilusión, un mito, quizá hasta UN VENENO, en la fluación de pecho.»

Foget, profesor de la Facultad de Estrasburgo, es el que dijo esto:

«La pleuresía, es ciertamente una de las enfermedades en las que, el tratamiento por las sangrías tiene mayor presa; y sin embargo, nunca he visto, por más energía que se haya tenido, YUGULAR LA FIEBRE que dura decenoco á nueve días; ¡cuantas veces, por el contrario, no sé vé á la fiebre reaparecer más intensa, des-

pués de un síncope de larga duración, producido por una sangría abundante!»

Esto dice el profesor Cruveilhier.

«Por la sangría (en la pneumonía), casi siempre se obtiene una disminución de la fiebre, de la opresión, de la expectoración sanguinolenta que hace creer á los enfermos y á los «asistentes» que la convalecencia vá á comenzar, pero al cabo de 95 horas, los accidentes vuelven á tomar una nueva intensidad; y la misma cosa frecuentemente tiene lugar, cinco ó seis veces seguidas, después de otras tantas sangrías, coup-sur coup.»

Esto dijo el célebre Laennec.

Pudiera aún recoger bastantes citas, para formar una conferencia especial. Pero quiero pasarlas por alto y someter solamente á vuestra atención, estas bellas palabras del ilustre Lordat:

«La sangría hasta el blanco, dijo el inmortal fisiologista, es el knout (suplicio infligido por un látigo terminado en puntas de hierro) de la terapéutica. Ella coloca á los que no ha matado, en la imposibilidad de presentar síntomas durante algún tiempo; pero así como los rusos fustigados de esta manera, recaen frecuentemente en la falta que les había merecido es-

te castigo, del mismo modo LA AFECCION QUE HABIA DADO LUGAR A LA SANGRIA, REPRODUCE LOS MISMOS SINTOMAS, luego que el sistema tiene bastante fuerza para formarlos. ¿No os parece que éstos correctores y esos terapéuticos son de la misma fuerza?»

Tenéis, pues, probado que la sangría yuguladora, no yugula para nada á la enfermedad, y que si yugula algo, es al pobre enfermo.

¿Cual es el número de las sangrías coup-sur coup? Ese número no es limitado. Se puede sacar tanta sangre, cuanta tiene el enfermo, el cual—como lo dijo el profesor Andral—queda «sin defensa.»

¡Sangrad, sangrad siempre! No hay ley para arreglar vuestros lancetazos. ¡El Código penal que, ha previsto tantos delitos, no tiene un solo artículo concerniente á la yugulación de los enfermos!

El cáustico Bordeu, queriendo vituperar el abuso de la sangría demasiado preconizado por Chirac, muy autorizada por sus ideas tan exclusivas de inflamación universal: «He visto á un práctico, dice, que no ponía término á las sangrías. Cuando ya habia hecho tres, hacía una cuarta, por la razón, decía, de que el año tiene cuatro estaciones, que hay cuatro partes del mundo, cuatro edades cuatro

«puntos cardinales. Después de la cuarta, era preciso una quinta, porque la mano tiene cinco dedos.»

No riáis, ... ¡todo esto es serio!

«A la quinta, agregaba una sexta, porque Dios creó el mundo en seis días!!! Son precisas siete, porque la semana tiene siete días como la Grecia siete sabios!!! La octava también será necesaria, porque la cuenta es más redonda. Todavía una novena, quia «numero Deus imparegaudet,» Dios ama el número impar!!!»

Triller (De pleuritide), llama «Hemáfobos» á los que muy tímidos, no se atreven á hacer un número tan crecido de sangrías. Pero este práctico les hubiera condecorado si hubiera sido rey. Sin embargo, si él hubiese tenido una pleuresía, mucho lo dudo que lo hubiese llamado.

Hé aquí, pues, á la sangría yuguladora, á la sangría «coup sur coup,» en todosubello ideal. ¿Contra un asedio tan violento, qué queréis que haga el enfermo? La famosa palabra de Corneille, es aquí muy débil, y pierde la mitad de su energía.—¿Qué queréis que hiciera..... no contra tres, sino contra seis, contra ocho?..... ¡Morir!

Siempre que pienso en Bouillaud, pienso también, en virtud de la asociación de las ideas, en la fá-

bula de Lafontaine: "los animales enfermos de la peste."

Un mal que esparce el terror,

Pero que el Cielo en su favor,

Inventó para castigar los crímenes  
De la tierra, la peste,—"la sangría."  
—(puesto que hay que llamarla  
por su nombre.)

Capaz de enriquecer en un día al  
Aqueronte, etc.

Los animales se reúnen en consejo, y deliberan sobre la elección de un medio para aplacar la cólera del Cielo; es preciso que uno de ellos sea sacrificado, y sea inmolado en expiación. Y entonces se convino que cada uno hiciera su confesión, para descubrir al más culpable. El león tomó la palabra y dijo:

Entonces, no nos lisonjémos; véamos sin indulgencia

El estado de nuestra conciencia.

Por lo que á mí toca, satisfaciendo  
mis glotonos apetitos,

He devorado muchos corderos.

¿Ellos qué me habían hecho? ninguna ofensa;

«Algunas veces me aconteció el haberme comido

Hasta al pastor.»

Vuestras sangrías, señor Bouillaud, han yugulado las enfermedades y muchas veces yugulado hasta..... á los enfermos. Mas, no tengáis cuidado, y no temáis á los

tribunales, hé aquí un académico que os consuela:

«Vuestros escrúpulos hacen ver  
(mucha delicadeza,

Y bien! ¿comer cordero, canalla,  
(tonta especie,

Es un pecado? No, no. Les habéis  
(hecho "sangrador"

Al masticarlos mucho honor.»

Tranquilizáos. Señores, grandes «sangradores,» el pobre médico homeópata será la víctima. Clamad entonces: «justicia contra el jumento!»

Moraleja:

Queridos clientes, seréis sangrados, y además pagaréis.

SANGRIA REVULSIVA Y DERIVATIVA.—Esta es la «manía de Jerónimo Paturot en pos» de un medio terapéutico para combatir las congestiones sanguíneas.

Todavía no hemos dicho lo que es la sangría en sí misma, es decir, en su procedimiento mecánico.

La sangría, en general, ¿es un acto médico, en la acepción vitalista de la palabra?

¡Seguramente que no! ¿Qué hacéis cuando sangráis? Hacéis hidráulica y no otra cosa. Vacíais los vasos, disminuís la masa de la sangre, operáis un vacío virtual en los conductos, y, en virtud de las leyes físicas que presiden el nivel de los líquidos, el que evacuáis, es reemplazado por uno nuevo, que

nace de á extensión de la masa entera. Y á esto llamáis: «ejercer medicina!»

¿Cuál es vuestra intención al practicar una sangría que pretendéis sea revulsiva ó derivativa? ¿Derivar á la sangre de su curso normal, poner un hasta aquí á la corriente fluxionaria, que congestiona á una parte, y ésto, invitando al líquido que opera esta congestión, á derivarse de su curso, y venir á reemplazar á aquel que evacuáis?

Mas, en verdad, estáis en el más profundo error. Reflexionad un momento, y bien pronto lo comprenderéis. Ved á un navío que hace agua por una abertura accidental. Inmediatamente hacéis funcionar vuestras bombas, y así arrojáis el agua, que tiende á invadirlo y á sumergir á la tripulación.

Esto es racional.

Pero ved..... todavía no estáis en seco, el peligro siempre amenaza. ¿De dónde viene ésto? Es, porque despreciáis el origen. Yd, pues, á cerrar la hendidura que da entrada al agua invasora, y vuestros esfuerzos no serán inútiles. Ahí es donde está el punto fluxionario, ahí es en donde hierve la onda enemiga, ahí es en donde hallaréis á la «pars mandans» de Barthez, la parte que «da la orden.» Si no obráis más que en la parte reci-

piente, «pars recipiens,» pronto os ireis á pique.

Esto es racional.

Escuchemos de nuevo las sabias lecciones del profesor Andral. Escuchadle bien, porque para vosotros su palabra debe ser autorizada.

«Por las sangrías, tanto locales como generales, dice, de ninguna manera se destruye á esa otra causa desconocida por cuya influencia está congestionado un órgano.... Vanamente, pues, multiplicaríais las «emisiones sanguíneas, y «aun cuando no quedase sino una gota de sangre en la economía, ésta, á despecho de las sangrías, fluiría allí, en donde la llama la causa estimulante: á esta, es, pues, más que á la congestión, que no es más que un simple efecto, á la que se debe conocer y tratar.» (Andral, Anat Patholog, tom 1, pág. 25.)

El sabio profesor de París parece complacerse con esta idea, porque la ha repetido frecuentemente en sus lecciones.

Así, en una clínica, dijo:

«Aun cuando no quedase más que una sóla gota de sangre en la economía, ella fluiría al punto iritado. Ahí es en donde está, lo digo de paso, una de las grandes objeciones que se pueden hacer «al método generalmente adopta-

do en Francia, que consiste en no combatir todo trabajo inflamatorio, sino por emisiones sanguíneas, más ó menos abundantes. Es muy cierto que, si por ese medio se opera una desengurgitación momentánea en la parte inflamada, no se destruye de ninguna manera la causa desconocida, bajo cuya influencia la sangre subtraída á las leyes ordinarias, tiende á acumularse sin cesar en el punto, en donde existe el trabajo inflamatorio.» (Clinique Médicale, tom. III, pág. 152.)

Bousquet, el torpe defensor de la revulsión, dijo en plena Academia, con una energía digna de un homeópata:

“Ni las sangrías, (hablaba de la inflamación), ni los revulsivos más irritantes, nada podría imprimirle la movilidad que no tiene, y obligarla á cambiar de sitio, “Se Quitaría A Un Enfermo Toda Su Sangre, Se Rubificaría Toda La Superficie De Su Cuerpo, Y No Se Llegaría A Cortar El Curso De La Más Pequeña Inflamación.”

Van-Helmont, en su clínica, tratando el mismo asunto, dice:

“Nueva prueba entre otros mil ejemplos, de que la producción de las inflamaciones no depende de un estado pletórico, y de que en más de un caso, como ya se ha dicho, “Aun Cuando No Que-

“dara Sino Una Sola Gota De Sangre En La Economía, Ella Se Dirigiría Al punto Irritado.”

Dubois, de Amiens, dice en su patología general “que las congestiones son debidas á fenómenos esencialmente vitales, y que son independientes de la cantidad más ó menos considerable de la sangre.”

¿Ante semejantes confesiones, os arriáis aún hablarnos de derivación y de revulsión? Mas, á este propósito, ¿qué hacéis entónces con vuestro famoso axioma «tolle causam?» ¡QUITAD LA CAUSA! Clamáis sin cesar, quitada la causa, desaparece el efecto. ¿Cómo os atreveríais, ahora, á acusarnos de practicar una medicina sintomática, vosotros que en las enfermedades tan bien caracterizadas, como las enfermedades fluxionarias, no os fijáis sino en el efecto, y descuidáis completamente la causa? ¡Vosotros que, os divertís en arrojar algunos puñados de arena en el chorrillo de agua que baña vuestros pies, creyendo secarle de esta manera! A los niños he visto hacer eso.

Digamos ahora una palabra de las puerilidades que se relacionan con la pretendida sangría revulsiva.

Triller (de pleurítide), entre otras cuestiones, se propone esta:

— ¿En dónde es preciso sangrar?

El y otros muchos dicen que, es preciso sangrar el brazo del lado del dolor. Después, en sus comentarios sobre Coelius Aurelianus, dice, que este autor, y otros, sangran del lado opuesto. Esto está bien en el caso de que solo haya un lado que sufra; pero si el dolor punzante de la pleuresía se manifiesta en ambos lados, ¿qué se debe hacer? Habría yo deseado se hubiese hecho esta pregunta. En este caso, sin duda, para poner á todo el mundo de acuerdo, sería preciso sangrar los dos brazos. Tomemos la cosa en serio; yo conozco á algunos prácticos que son de esta fuerza.

Otros quieren sangrar en los tobillos, otros en el cuello, etc., etc. Y todas esas opiniones pueriles están basadas en ciertos caprichos de la naturaleza, ó en la aserción de algún Padre de la medicina. Así, ciertas hemorragias de la nariz alivian los dolores de cabeza; así la hemorragia de la nariz derecha suele corresponder á los infartos del hígado, y la de la izquierda á los del bazo. Ignoro quien observó esto. ¿Tal vez Hipócrates? ¿Más, qué se diría si hubiera sido Hahnemann?

Hé aquí una objeción que selevanta en los cuatro puntos del mundo.

«¿Pero, en la apoplejía, no se debe sangrar inmediatamente?»

¿Por qué sangrar? ¿En virtud de qué principio? ¿De vuestro principio de la revulsión? ¿Todavía en ellos mantenéis, á pesar de las severas y muy explícitas amonestaciones de vuestros profesores? ¡Pues bien! examinemos el asunto, porque vale la pena.

¿Qué cosa es la apoplejía? Fuera de toda definición escolástica, es la afluencia impetuosa de un líquido ó de un fluido cualquiera, sobre un órgano, bajo la influencia de alguna causa. No examino si hay varias especies, y no voy á ocuparme en saber si ese término es general ó particular.

Aquí no se trata sino de la apoplejía cerebral y sanguínea, cuyos efectos inmediatos son: una pérdida súbita, más ó menos completa del conocimiento, con abolición del movimiento y de la sensibilidad.

Ahora bien, la apoplejía, ó ese «raptus» impetuoso de la sangre al cerebro, ¿es causa ó efecto?

Si no es más que un efecto,— y no os atreveríais á decir lo contrario,— ¿es posible conocer la causa?

Cualquiera que ella sea, ¿esta causa, no es siempre vital?

Las diversas apoplejías, ¿tienen

sintomas tan característicos, para que no se les pueda confundir?

¿Es posible diagnosticar si ha habido ó no derrame en la pulpa cerebral?

¿La presión atmosférica puede obrar en la cavidad huesosa que encierra al cerebro, y mandar á la circulación de la sangre, como obra en las paredes torácicas, y solicita el nivel del «líquido vital?»

Todas estas cuestiones, son dignas de vuestras más profundas meditaciones.

Comprobad las reflexiones hechas sobre el particular por Cruveilhier, Andral, Etmuller, Grissolle, Valleix, Beraud, Robin, Voillot, Lallemand, y «L'Unión médica» de 5 de Febrero de 1853, y veréis todo el tenor terapéutico de la sangría en la apoplejía.

El profesor Cruveilhier refiere, en sus lecciones orales, que habiendo sido llamado para asistir á una persona á quien halló bajo la influencia de una apoplejía cerebral, se apresuró á practicarle una sangría. La vena estaba apenas cerrada, cuando el enfermo quedó hemipléjico.—«Por tanto, añade, los parientes del enfermo no dejaron de decir que mi lancetazo fué el que había causado el mal.»

Pudiera citaros otras cien observaciones de este género.

Leed la tesis de Cornil (11 Abril

1851); leed las «Recherches» de Lallemand, sobre el encéfalo, y podréis apreciar los efectos mucho más nocivos que útiles, de la sangría en la apoplejía.

¿Es posible el diagnóstico de las diversas apoplejías? ¡Escuchad!.....

«A propósito de la apoplejía sanguínea y nerviosa, se debe convenir, dice el profesor Grissolle, QUE NO EXISTE NINGUN MEDIO PARA EVITAR EL ERROR.»

«En ningún caso bien observado, dice Valleix, el diagnóstico ha sido posible, los hombres más versados en la materia, SE HAN COMPLETAMENTE ENGAÑADO.»

A pesar de todo el cuidado que tengo en limitar mis citas, no puedo resistir al deseo de leeros un fragmento de una obra publicada por J. Beraud, antiguo adjunto de anatomía de la Facultad de París, y por Ch. Robin, profesor adjunto de la misma Facultad.

“La cabeza es una caja incompresible; es cierto que en su cavidad no existe ningún vacío barométrico, pero hay un vacío virtual, que hace que no pueda salir una onza de sangre del cráneo, sin que entre otra onza. El líquido céfalo-raquidiano, no puede reemplazarla, porque los vasos son también incompresibles. En virtud de este vacío virtual, jamás los vasos del cráneo pueden

“vaciar. Examinad la cabeza de un ajusticiado, como lo han hecho Beclard, Abercombie y el profesor Berard; ó también examinad la cavidad craneana de un individuo muerto de hemorragia, siempre hallaréis una gran cantidad de sangre. Poumier ha visto que los animales que mueren por hemorragia, tienen todavía mucha sangre en su cerebro. «De esto se sigue una consecuencia muy funesta para la práctica.» Se han visto apoplécticos encontrarse peor después de una sangría. Se ha disminuido la presión del cerebro, é inmediatamente los vasos han traído sangre para llenar el vacío virtual. Esto es lo que ha hecho decir paradójicamente que una fuerte sangría era una amenaza de apoplejía. La sangre, pues, es sin cesar llamada á la cavidad craneana, y si no existiera allí una disposición especial, la circulación sería totalmente imposible.” (Manual de physiologie de l'homme, etc.

Por tanto, imposibilidad, frecuentemente, de distinguir las apoplejías; inutilidad de la sangría, para detener el «raptus» fluxionario; peligros de este medio, desgraciadamente muy frecuentes; ¿se necesita más para que un médico, ante un apopléctico, deje la espada en la vaina?

¿Es posible conocer la causa de la apoplejía? sí, algunas veces; y entonces, ¿por qué no dirigir sobre ella toda vuestra atención? Una violenta emoción, agradable ó desagradable, una indigestión, el abuso de las bebidas alcohólicas, un golpe, una caída, etc., son causas que pueden engendrar el «raptus.» Entonces, ¿por qué no tratar á esta causa?

No diré lo que nosotros hacemos en casos semejantes; no es esta la cuestión; aquí no tengo más que reprobar lo que hacéis y no alabar lo que hacemos.

¿Queréis tener una ligera idea de un tratamiento alopático en la apoplejía? Leed lo que se refiere á esta palabra en la pág. 25 del «Vade mecum del médico práctico,» por los Sres. Amadeo Moure y Henry Martin. Perdonadme la expresión, este es el verdadero carnaval de la terapéutica.

APOPLEGIA. «Destruir la congestión cerebral.»

Hé aquí el precepto, nada más fácil.... ¡Qué aplomo!!!

¿LA CONGESTION ES SANGUINEA? — «Sangrías generales, más ó menos repetidas, en los brazos, en los pies, en la yugular, en la arteria temporal; sangrías numerosas en el perineo, en el ano, ventosas en el cuello, en los apófisis mastoides, en las narices, en el occi-